



SOBRE EL HOMBRE COMO MICROCOSMOS

Por: **Mauricio Beuchot**. UNAM. México

PREMISA

La idea y símbolo del hombre como un mundo en pequeño (microcosmos) que tiene y vive todos los elementos de gran mundo (macrocosmos) nos lleva a considerar que el ser humano es un ser privilegiado para conocer y comprender los aspectos del cosmos y sus relaciones con él. Esta idea-símbolo puede servirnos de guía para muchas reflexiones, reflexiones que se dirigen a comprender nuestro interior y nuestro exterior. La idea-símbolo del hombre como microcosmos es algo bello, pero, además -y esto es lo más importante- creemos que es algo cierto. Y es que en nuestra época nos encontramos en este punto en una situación parecida a la del microcosmos en la antigüedad- el microcosmos de todos los tiempos.

ALGO DE HISTORIA SOBRE LA IDEA DEL MICROCOSMOS

Grande fue la admiración del hombre al encontrarse con el mundo. Pero lo fue sobre todo en los griegos, y recorre la historia de la tradición filosófica occidental que iniciaron. Sabemos que fue profunda en ellos la conciencia de esta relación entre hombre-mundo, reflejada en la polis. Sabemos también que eso les llevó a la consideración del hombre como un pequeño mundo (microcosmos) que refleja y participa de los componentes del mundo total (macrocosmos). Y sabemos, además, que grande ha sido la historia de esta concepción, filosófica y poética a la vez, del hombre como un

microcosmos manteniendo múltiples relaciones con el macrocosmos del que participa y en el que se encuentra.(1)

Algunos quisieron remontar el origen de la simbolización del hombre como microcosmos al legendario sabio-dios egipcio Thot (Theut), helenizado como Hermes, pero esto es obra tardía, y de griegos (2). Siempre de Griegos.

Sin embargo, por mencionar sólo unos cuantos ejemplos, tenemos testimonios explícitos que comienzan con los filósofos griegos. De entre los primeros, Demócrito de Abdera declara que el hombre es un mundo pequeño, o microcosmos (H. Diels - W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Dublin-Zürich, 1966 (12a. ed.), 68B34), con lo cual parece iniciar la lista de los que explícitamente hicieron esta postulación. Platón da un carácter venerable a esa idea, al proponerla en su cosmología como algo que centra el conocimiento del todo en el hombre (Timeo, 30a-38b). Inclusive Aristóteles adopta esta simbología, aplicándola hasta el infinito (Physica, VIII, 2, 252b). El hombre puede conjuntar en sí todas las -al menos potencialmente- infinitas cosas como en un compendio. Y son sobre todo los neoplatónicos los que exaltan esa imagen basados en la autoridad de su maestro Platón. No faltan testimonios en Plotino(3) y Plutarco (De Stoicorum repugnantibus, 44). Está presente en los epicúreos y en Macrobio (In Somnum Scipionis, II, 12).

Esta vertiente neoplatónica griega entronca con la vertiente bíblica hebrea, conectando la idea del

-
- (1) Cfr. M.F. Manzanedo, "El hombre como microcosmos o mundo menor", en *Arbor*, 99 (1978), pp. 17-24; A. Meyer, *Wesen und Geschichte der Theori von Makrokosmos und Mikrokosmos*, Giessen, 1900; G.P. Congar, *Theories of Macrocosmos and Microcosmos in the History of Philosophy*, New York, 1948.
- (2) Cfr. P. Festugière, *La révélation d'Hermès Trismégiste*, Paris, 1950 (2a. ed.), vol. I, pp. 71-73, vol. II, pp. 92-94.
- (3) Cfr. J. A. Coluter, *The Literary Microcosmos: Theories of Interpretation of the Later Neoplatonism*, Leiden, 1976, p. 50.

microcosmos con la del hombre como imagen de Dios, por medio de Filón, el judío alejandrino, fervoroso y helenizante (De mundi opificio, 69).

Y ambas vertientes confluyen en el cristianismo. Esta idea del hombre como microcosmos la retoma, en la patristica griega, Orígenes, quien la refiere neoplatónicamente al Verbo ejemplar de Dios, que contiene la idea paradigmática de la humanidad, según lo había expuesto el evangelista San Juan; además, Nemesio de Emesa y San Gregorio Niseno (In psalmos, c. 3, PG 44, 442), exaltando con ello la dignidad del hombre, creatura la más perfecta en el mundo sublunar. En la patristica latina, esta idea-símbolo es perpetuada por Boccio (De Definitione, PL 64, 907), con una sobriedad que no excluye un orgullo humanista muy auténtico: por San Gregorio Magno (Homiliae in Evangelium, hom. 29, PL 76, 1214), diciendo que el hombre es en cierta manera "toda creatura", por ser el compendio de todo lo creado, y llegando hasta al paroxismo del gozo por el honor que el Creador ha hecho al hombre, al asumir desde su divinidad el microcosmos de la humanidad en la encarnación del Hijo de Dios. Lo mismo hacen el elocuentísimo San Agustín (Ad Orosium, I, 8, PL 42, 675), el gran erudito San Isidoro de Sevilla (De natura rerum, c. 2, PL 83, 977) y el enigmático Escoto Eriúgena, inspirado en el Pseudo-Dionisio. Del Eriúgena tenemos un bello texto a propósito. Dice: "Consta, en efecto, a los sabios, que en el hombre se contiene toda creatura (universam creaturam). Entiende y razona, como el ángel; siente como cuerpo; sirve como el animal; y por esto toda creatura se entiende en él. La división de todo lo creado es quintuple. Pues o es corpórea, o viviente, o sensitiva, o racional, o intelectual. Y todo esto se encuentra de todos los modos en el hombre" (Periphyseon seu De divisione naturae, IV, 4, PL 122, 755B).

En los comienzos de la escolástica se ve esta idea en Remigio de Auxerre, San Pedro Damiani (4) y Bernardo de Tours (De mundi universitate, sive megacosmus et Microcosmus, ed. C.S. Barach y J. Wrobel, Innsbruck, 1876, p. 56). Dentro de la encarnizada lucha entre dialécticos y antidialécticos, esto es, entre los exaltadores y los detractores de la lógica, de la razón pretensiosa, la idea del hombre como microcosmos sirvió para llevar la racionalidad humana a sus justas dimensiones, sin renunciar a la alta dignidad humana y sin exacerbar sus alcances. También está representada entre los monjes chartreses -o de la abadía de Chartres-, que vivían en un universo simbólico, aledaño a las catedrales y sus vitrales, como se ve en los escritos de Pedro de Blois (Liber divinatorum operum, I, 2, PL 197, 75); y en los monjes victorinos -o de la abadía de San Víctor-, de radiante mística luminosa, gracias a su exégesis alegórica y espiritual de la Biblia, como percibimos en las obras de Hugo de San Víctor (De medicina animae, I, PL 176, 1183) y de Godofredo de San Víctor (Microcosmus, ed. Ph. Delhaye, Lille, 1951; cfr. Ph. Delhaye, Le Microcosmus de Godefroy de Saint-Victor, Lille, 1951, pp. 150-170).

En la escolástica pujante o madura avanzan sobre esta concepción San Buenaventura (Itinerarium mentis in Deum, II, 2-3), en el marco de su metafísica ejemplarista, es decir, de las ideas paradigmáticas derivadas del platonismo. Para él, la idea ejemplar del hombre, esto es, la idea del microcosmos, es el más perfecto compendio de todo lo creado; y al estar en la mente divina, en el Verbo de Dios o Sabiduría eterna, es también algo divino, participa de la divinidad, y así se cumple aquello que decía el apóstol San Juan en el Prólogo de su Evangelio: "Todas las cosas tenían vida en Él", es decir, eran vida en él, participaban de su misma vida

(4) Cfr. M. D. Chenu, *La théologie au XIIe siècle*, Paris, 1957, pp. 34-43.

divina, y lo siguen haciendo, a pesar de estar ahora plasmadas en la creación. Esta idea de que el hombre es la más digna de las creaturas, por participar de todas ellas, cosa que no hacen los ángeles, se encuentra también en San Alberto Magno y su discípulo Santo Tomás de Aquino(5) . El Aquinate expresa: "De alguna manera están en el hombre todas las cosas. Y así según el modo de dominar a lo que hay en él, le conviene también dominar a todas las cosas. En el hombre podemos conside-

rar cuatro cosas: La razón que le es común con los ángeles, las potencias sensitivas que le son comunes con los animales, las fuerzas naturales en las que conviene con las plantas, y el cuerpo en el que conviene con los seres inanimados" (*S u m m a Theologiae*, I, q. 96, a. 2). Pero, a fin de que no parezca que por esta semejanza con el

cosmos el hombre es el fin del universo, añade: "El hombre se asemeja al mundo mayor en ciertas cosas, a saber, en cuanto consta de naturaleza corporal y espiritual, como todo el universo; pero no se asemeja al universo en todo. En efecto, el orden de las partes en el hombre no es según lo que exige su naturaleza, sino

en cuanto lo exige la razón del fin" (Quodlibetum IV, a. 3, ad 3). Y así en otros grandes pensadores, hasta llegar a Dante(6) .

Es un tópico frecuentísimo en el renacimiento. Ya que sólo mencionamos a algunos representantes de cada época, citemos a Juan Pico de la Mirándola, en su *De hominis dignitate*, así como a Fernán Pérez de Oliva, quien en su *Diálogo de la dignidad del hombre*, de pleno

e s p i r i t u
renacentista y humanista, dice: "...es manifiesto ser el hombre cosa universal, que de todas participa. Tiene ánima a Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo, cumplido de la perfección de todas las cosas,



como Dios en sí tiene perfección universal; por donde otra vez somos tornados a mostrar cómo es su verdadera imagen" (en obras escogidas de filósofos, BAE, 65, 390b). En ser compendio de lo creado e imagen de Dios cifraban estos humanistas la dignidad del hombre. Mencionemos también a Nicolás de Cusa y a

(5) Cfr. M.D. Chemu, "L'homme dans le monde", en *Varios, Saint Thomas d'Aquin aujourd'hui*, Paris, 1963, pp. 172-175.

(6) Cfr. M. T. d'Alverny, "L'homme comme symbole, le microcosme", en *Varios, Simboli e simbologia nell'alto medioevo*, Spoleto, 1976, pp. 123 ss.

Tomás Campanella (*De sensu rerum*, I. 10), y cabe añadir a Leonardo da Vinci, quien parece seguir la idea de que el microcosmos humano puede inscribirse en un cuadrado-idea que ya venía en el *homo quadratus* de Vitrubio.

Esta idea y símbolo del microcosmos continúa en algunos posteriores como Agrippa de Nettesheim (*Dialogus de homine*) y Paracelso. Alcanza a algunos escritores del XVI y del XVII, como fray Luis de Granada, que expone este pensamiento con singular belleza: "Y la razón por qué el hombre se llama mundo menor, es porque todo lo que hay en el mundo mayor se halla en él, aunque en forma más breve. Porque en él se halla ser, como en los elementos; y vida, como en las plantas; y sentido, como en los animales; y entendimiento y libre albedrío, como en los ángeles. Por lo cual lo llama San Gregorio toda criatura, por hallarse en él la naturaleza y propiedades de todas las criaturas. Y por eso lo crió Dios en el sexto día, después dellas criadas, queriendo hacer en él un sumario de todo lo que había fabricado, como hacen los que dan o toman cuenta por escrito que el remate dellas resumen en un renglón la suma de toda ella: de modo que aquel solo renglón compren-

de todo lo que en muchas hojas está explicado. Y lo mismo en su manera parece haber hecho el criador en la formación del hombre, en el cual recapituló y sumó todo lo que había criado. De aquí es que con mayor facilidad conocemos por aquí las perfecciones divinas, que si extendiésemos los ojos por todo el mundo: que es cosa que pide muy largo plazo" (Del símbolo de la

fe, parte I, cap. 23, en *Obras*, BAE, 6, 243b). Y como también lo dice Pedro Calderón de la Barca: "Leía / una vez yo, en libros que tenía / que lo que a Dios mayor estudio debe / era el hombre, por ser un mundo breve..." (*La vida es sueño*, jornada II, escena 7a., v. 576).

Tal idea del microcosmos palpidece en los tiempos subsiguientes, pero reaparece con fuerza en el siglo pasado, por ejemplo en alguien tan atento a la naturaleza humana como E. Lotze (*Mikrokosmos. Ideen zur Naturgeschichte und geschichte der Menschkeit*, Leipzig, 1856), así como en Maurice Blondel (*L'action*, París, 1883, p. 95). Y, en la actualidad, en un ya clásico autor interesado por el hombre mismo y sus relaciones: Max Scheler (*El puesto del hombre en el cosmos*). Lo cual reaparece, de manera más cercana a nosotros, en Julián Marías (*El tema del hombre*, Madrid, 1960).





SENTIDO PRESENTE DE LA IDEA DEL MICROCOSMOS

Creemos que en la actualidad la idea-símbolo del hombre como microcosmos puede resarcir algunos aspectos de la naturaleza humana que se han olvidado, desatendiendo o simplemente descuidando. Tal es, por ejemplo, la dignidad del hombre (que ahora se quiere defender con los derechos humanos): al ver cómo el hombre participa de todas las cosas naturales y además las excede y sobrepaja, por virtud de la razón, nos percataremos de la gran dignidad que tiene la naturaleza humana. Se ha dicho alguna vez que hay que fundamentar los derechos humanos en la dignidad humana y no en la ley o derecho natural, que brota de

la naturaleza humana. Pero, ¿de dónde surge esa dignidad del hombre? Vemos que la dignidad humana se basa en la misma naturaleza humana, que es captada como teniendo ese valor que trasciende a todas las demás cosas del mundo. La concepción del hombre como microcosmos fue una de las cosas que a lo largo de la historia hizo que se intruyera la dignidad del hombre. Eso se puso muy de manifiesto en los autores renacentistas, que ex professo hablaron de la dignidad del hombre, y uno de los argumentos que más repetidamente esgrimían era el del hombre como síntesis y superación de todas las demás cosas que los rodeaban, es decir, la idea-símbolo del hombre como microcosmos. Y parece ser que incluso hoy puede dar la misma apreciación, respetable y digna, de la naturaleza humana.

CONCLUSIÓN

El hombre se ha no sólo conceptualizado e imaginado, sino vivido, como una síntesis de todo lo existente. Tal parece que se cumple en él lo que dice Unamuno, de que el ser humano quiere "ser más, serlo todo: es el apetito de infinidad y de eternidad"(7). El hombre se sabe un pequeño todo, un horizonte y confin donde se reúnen todas las cosas porque desea hacerse todas ellas intencionalmente. Y puede hacerlo, puede darles ese ser psíquico, distinto del ser físico y material que tienen fuera de él. En ese sentido Aristóteles y los escolásticos decían que el hombre era "quodammodo omnia", es decir, era de alguna manera todas las cosas, esto es, las era intencionalmente. Pero también las es en cierta forma con su propio ser físico y espiritual. Es un privilegio único del hombre, aledaño a la gran dignidad que tiene, con eso mismo, de ser lo más alto en el orden de los seres de este mundo.

(7) M. de Unamuno, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1958, p. 11.